



ALEGORÍA DEL MES DE NOVIEMBRE



Cuadro de V. CLIMENT.

Salón París.

ALUCINACIÓN

ERA la una de la madrugada. El silbato de la locomotora hendía el aire, con lastimera cadencia, anunciando la proximidad de una estación.

Apoyada la frente ardorosa en el cristal de la ventanilla, empañado por el frío, Fortunato veía pasar vertiginosamente la tierra manchega, experimentando una indefinible sensación de melancolía al reconocer los menores accidentes del campo desnudo, que blanqueaba la luna llena de Diciembre.

Hacia el Norte iban brotando una á una, en la obscuridad, las luces de Secallanura, ciudad queridísima del viajero, en la que había pasado su juventud que terminaba demasiado pronto.

Fortunato pasaba por el momento crítico de la vida. Iba á ocupar un puesto en la lucha por la conquista del porvenir, abandonado á sus propias fuerzas, y el desconocido enemigo, que se deja vencer poco á poco, preparando traidoramente el golpe mortal, siempre inevitable, escapaba á las exploraciones de su pensamiento, como aquella masa de sombras donde la locomotora se hundía y que se presentaba persistente al cabo de leguas y más leguas devoradas por el monstruo.

Así aparecía el problema de la existencia ante el joven viajero, dueño sólo del momento presente: tenebroso enigma que contrastaba, por su mutismo, con el abigarrado tropel de recuerdos que, francamente, relan ó lloraban.

Tres meses antes, siendo también la hora en que el nuevo día nace lleno de incertidumbres, Fortunato oyó silbar el tren desde un rincón de la ciudad que ahora parecía avanzar á su encuentro; pero entonces lo oyó amortiguado por la distancia, como un alerta en medio del gran silencio de la noche. Era la vida que pasaba á gran velocidad, arrastrando un montón de seres desconocidos, mientras él, Fortunato, velaba junto al lecho de su padre agonizante.

Aquella noche, como ésta, iría el tren lleno de viajeros dormidos; acaso alguno, desvelado por sus penas ó por sus negocios, miraría con indiferencia el pueblo, que parecía entregado al sueño, sin pensar que allí se estaba desenlazando, una vez más, el drama de la vida. Y ¡quién sabe! quizás ahora, en muchas casas donde la visita de la muerte tendría de pie á sus habitantes, oírían éstos el quejumbroso lamento de la locomotora y pensarían, como pensó Fortunato, en la dicha de huir á países indeterminados, con el cerebro vacío, dejando en aquel pueblo el pensamiento torturado por los eternos minutos de angustia.

Cuando el tren se detuvo en la estación de Secallanura, Fortunato bajó el cristal y sacando la cabeza por la ventanilla pudo, al fin, hartar sus miradas hambrientas: quería devorarlo todo en los escasos minutos de parada, saciarse de la impresión que le produjeran aquellos lugares que el tren había puesto á su alcance por un momento y de donde iba á arrancarlo, tal vez para siempre, con una velocidad brutal.

Hacia un frío agudo. El andén estaba casi desierto, pues solo allá lejos, hacia el furgón de los equipajes, veíanse algunos bultos que proyectaban sobre las losas sus sombras deformes.

Frente al departamento donde iba Fortunato se destacaba la cantina, iluminada vivamente: el joven reconoció á una mujer gruesa, que bostezaba tras el mostrador, y á dos fogoneros secallanurenses, que jugaban al dominó en una mesilla colocada junto á la estufa.

A la derecha, entre la estación y los retretes, divisábase un paseo de álamos tras la verja que flanqueaba los carriles de maniobras, y al otro lado de la alameda se cuajaban las sombras de la población, mostrando únicamente un esquinazo lívido donde ardía un quinqué de petróleo.

Fortunato se asomó á la ventanilla del lado opuesto. Por allí corría más libremente el cierzo seco, afilado como una navaja del país; pero él sentía un doloroso goce recibiendo en la frente, congestionada de recuerdos, el choque frío de aquel airecillo manchego que purificaba su piel humedecida por las brisas del Mediterráneo, pegajosas y tibias.

Sin embargo, al oír el pito del conductor y los tres golpes de campanilla, espaciados como el toque á *Sanctus*, Fortunato volvió á levantar el cristal y, recogiendo los pliegues de su manta de viaje, envolvióse en ella tiritando.

Ya en marcha, cuando el tren brincaba sobre las agujas de la vía, una fuerte bocanada de aire en la nuca hizole volver instintivamente la cabeza, al tiempo en que un hombre cerraba de golpe la portezuela.

Aquella aparición brusca sobresaltó un poco á Fortunato. El recién llegado, después de darle las buenas noches, se puso á colocar su equipaje en la redcilla del departamento y Fortunato tornó á dirigir la mirada á través del cristal, explorando el horizonte donde debía surgir, hacia el Norte, algo que le interesaba mucho.

El cementerio de Secallanura apareció á lo lejos, como una cinta blanca que cortaba la penumbra extendida sobre las tierras en barbecho. Allí dormía el padre de Fortunato, aislado en medio de la majestuosa planicie por cuatro paredes encaladas que reflejaban los resplandores de la luna y parecían pregonar la pequeñez de toda obra humana.

Fortunato alojó en su espíritu, preparado voluptuosamente para recibirla, la emoción honda que esperaba, mezcla de piedad, de remordimiento y de pena. Había aguardado aquel momento para dar una satisfac-

ción al padre difunto, acusándose de no haberle amado lo que debía hasta que la muerte lo arrebató de su lado. Los menores disgustos que le hizo sufrir en vida, á veces involuntariamente, pesaban ahora en su conciencia como pedruscos de plomo.

Tres meses antes, cuando ocurrió la desgracia, el huérfano quedóse atontado, sin poder llorar, y los sollozos que adeudaba al muerto subían, al fin, á su garganta amargos y extranguladores.

Hacia grandes esfuerzos de imaginación para provocar el llanto, mirando con ojos muy abiertos, insistentes, la cinta blanca del cementerio que se había acercado un poco, ensanchándose al tomar la paralela del tren. Consideraba el abandono en que yacía aquel cuerpo, tan atendido cuando en él se iba paralizando la vida: el espantoso arrinconamiento de la máquina humana que ha dejado de funcionar. Allí quedaba lo que fué origen de su existencia, en un agujero perdido en la llanura, mientras él era arrastrado vertiginosamente hacia la lucha inevitable de cada minuto para conquistar el derecho á vivirlo.

Pertenecía Fortunato á la maldita generación contemporánea, que busca en el positivismo la explicación de todo lo que no comprende y, aunque no se creía poseedor de la negación racional y absoluta de Dios, su cerebro estaba cerrado á la consoladora creencia en un destino ulterior de los seres.

Aquella noche, sin embargo, hizo esfuerzos para anonadar su inteligencia especulativa en la fe infantil de tiempos que ya veía muy lejanos y, alzando los ojos hacia la bóveda del firmamento, donde se atropellaban unas nubecillas blancas, dirigió, no á Dios, á su padre, que quería suponer allá arriba, una plegaria sin palabras que brotaba de todo él; promesa de ser siempre bueno y afrontar las obligaciones y responsabilidades que sobre él pesaban, siendo el apoyo de la familia que dejó el muerto, á la que debía sostener con la dignidad debida al nombre del que ya no era un montón de huesos perdido bajo tierra, sino un espíritu invisible que llenaba el espacio.

Ante esta grandiosa aparición, digna del pensamiento que la concebía, abarcándola entera sin las tercerías de la retina, se le desató á Fortunato el nudo que le oprimía la garganta, y el llanto puso un velo entre sus ojos y el firmamento. Al fin, conseguía llorar; pero por sí mismo, compadeciéndose al verse preso en la pequeñez de la vida.

De pronto su cuerpo experimentó una sacudida brusca, al sentir que una mano se le apoyaba en el hombro y caía en su oído, como tenue soplo, esta frase de inmensa y cariñosa piedad:

—¡Pobre hijo mío!

El viajero que subió al tren en Secallanura acababa de sentarse frente á Fortunato. Este encontró muy natural que su padre — porque era él — no vistiese correctamente de negro, como el día que lo enterraron; hubiera sido impropio: llevaba el traje de casa, un traje de color plomizo, muy usado, que la viuda había descosido pocos días antes.

Hablaron con el pensamiento, porque el ruido del tren únicamente les hubiera dejado entenderse á gritos.

—¿No me esperabas?

—Al contrario; te he llamado y sabía que ibas á venir; me lo dijo tu espíritu cuando acabé de orar. He llorado, ya sabes...

—¡Pobre Fortunato! Yo supe que pasabas hoy; te sentía llegar desde que cayó la noche; la trepidación de la tierra, batida por las ruedas del tren, me comunicaba su estremecimiento, cada vez mayor, indicándome que te acercabas á mí. Cuando rasgó el aire el silbido que exhala la máquina al cruzar el camino del cementerio, vine. Aquí me tienes.

Fortunato sentía las palabras de su padre envueltas en una mirada triste, la misma, de enfermo conocedor de su fin, que tuvo durante los últimos días de su vida.

—¿Vas á Madrid, verdad?... Ya sé que sientes miedo y cansancio antes de comenzar la lucha. ¡Eres digno de compasión! Tu juventud, sin ilusiones y sin te, es una carga muy pesada, y de buena gana te dejarías caer en el surco sin dar un solo paso.

—Sí; la vida me da miedo, padre. ¡Llévame contigo!

—¿A dónde?

—No sé... Allá lejos... Donde tú estés.

—¡Pero, si yo no vivo! Verdad es que tú no puedes comprender esto.

—Sí, lo sé: el descanso eterno, absoluto. Cuando sobreviene la muerte, no experimentan el cuerpo ni el alma más sensaciones que antes de haber nacido.

—¡Bah! Eso ya lo dijo Plinio, fíjate bien, ¡cuando vivía! Por eso dudas y quieres que te lo confirme un muerto. Si yo te dijera que la vida es un afán inútil, seguido de una anulación completa, ¿qué habrías adelantado? Únicamente el gran tormento de saberlo. Pero yo nada puedo decirte, porque no vivo.

—Entonces, ¿cómo estás aquí?

—¡Ah, iluso! Yo no puedo estar aquí ni en otro lugar de la tierra: mis restos se quedaron allá abajo, en el cementerio de Secallanura; lo demás, que crees mi sér, (¡mi sér... qué disparate!) está en tu pensamiento, ó mejor dicho, soy tu pensamiento mismo. ¡Adiós!

Por la ventanilla pasó una sombra. Fortunato siguióla con la mirada y sólo vió una casilla de guardavía, entre dos acacias, que resbalaba hacia la cola del tren. Era la alucinación que se iba.

La cinta blanca del cementerio se fundía en la penumbra de la no-



CANTANTES EXTRANJERAS

HONORINA POPOVICI

SOPRANO DRAMÁTICA EN LA ACTUAL TEMPORADA

DEL GRAN TEATRO DEL LICEO